

LA IGLESIA DE LA TRINIDAD EN PARÍS.



SEGUNDA SERIE.—1867.

AÑO XXV. 7.

La iglesia de la Trinidad ocupa el sitio de la antigua huerta del Hospital, que desapareció durante la revolución y que había dado su nombre á la calle de la Calzada de Antin.

Pocas calles, dicho sea de paso, han cambiado mas veces de nombre.

En el siglo XVII, era un camino llamado de los *Puerco*s que conducia á la puerta Gallon y se la llamó la Cloaca-Gallon, á causa de una alcantarilla descubierta que corria al lado del camino: despues se le llamó Calzada de Antin, porque el camino comenzaba en frente del hôtel de Antin, hoy pabellon de Hanover y tambien de la Gran Taberna, á causa de una muy grande que allí habia.

En 1720 se alineó esta calle y tomó el nombre del *Hospital*, por su proximidad á la huerta de éste, que se hallaba en el rincón de la calle de San Lázaro.

En 1791, se le llamó de *Mirabeau*, por el nombre del célebre orador que murió en aquella calle.

En 1793, se la llamó de *Monteblanco*, en memoria del nuevo departamento reunido á la república francesa por decreto de 27 de noviembre de 1792.

Por último, en 1815, la calle tantas veces bautizada y rebautizada, volvió á tomar su antiguo nombre de la *Calzada de Antin*, que no ha vuelto á abandonar.

En tiempo del primer imperio, la huerta del hospital y el antiguo jardín del ciudadano Bontin, se habia convertido en el célebre jardín del Tivoli, sitio delicioso, como decian los elegantes de entonces, donde durante la primavera, el verano y el otoño, se daban encantadoras fiestas que atraian los jueves y los domingos, una inmensa concurrencia de admiradores.

Al cabo de algunos años se formó allí un pasaje y unos magníficos baños.

Como la Calzada de Antin, no fué en un principio sino un camino que tomó el nombre de diversas calles segun las circunstancias, su terreno ha variado segun estas de precio.

En un principio vendidos á bajo precio la mayor parte de estos terrenos, fueron adquiridos por un capitalista escéntrico, rico y mal vestido, avaro y pródigo, propietario sin alojamiento y cuya muerte dió márgen á un largo pleito.

La villa de París, como para reparar su lentitud en dotar á aquel cuartel de una iglesia, ha hecho las cosas en grande y comprado seis mil metros de aquel costoso terreno, para levantar en él una iglesia.

En 1861, la villa de París decidió la construcción de una iglesia monumental confiando su dirección al célebre arquitecto Mr. Teodoro Vallú, muy conocido ya por la restauración de la torre de Santiago y su construcción de la torre de la plaza del Louvre.

La fachada de la nueva iglesia, se encuentra en el eje mismo de la Calzada de Antin con que termina.

Está precedida de un vasto pórtico en pleno cintro coronado de una galería conteniendo trece ornacinas, de un roseton y una balaustrada, dominado todo, por una gigantesca torre cuadrada en su base y octógona en su parte superior.

Es el sistema adoptado por el mismo arquitecto en la torre del Louvre.

Los contrafuertes están en cada piso adornados de hornacinas, conteniendo estatuas cada una con su inscripción sobre mármol de color.

En medio está la inscripción dedicatoria, SANCTE TRINITATI.

Encima la fecha ANNO 1867, porque la iglesia no se abrirá al culto hasta 1.º de abril ó mayo.

Tiene la torre de altura sesenta y cinco metros, terminando en una cúpula á paños cortados, elevando en su cúspide un linternon con ocho ventanas. Es la altura de las torres mas elevadas de París, esceptuando las linternas de los Invalidos y del Panteon y las torres de la catedral y de San Sulpicio.

Por último, al nivel de la balaustrada, cuatro acroteras sostienen cuatro grupos alegóricos; á la izquierda la Justicia, á la derecha la Fuerza, y sobre el segundo plano, la Providencia y la Templanza.

Los cuatro evangelistas flanquean la base del campanario, y un reloj indica la hora á los fieles.

Sobre el segundo plano, detrás del pórtico, está el gran muro maestro, terminado por una barandilla calada y por dos torrecitas ó linternones en el género italiano, que es el que domina en todo el edificio.

El resto del monumento, largo paralelógramo de perfecta regularidad, es lo mas sencillo y simple, habiéndose empleado todo el lujo y echádose el resto en la fachada.

El interior, que aun no está todavía terminado, ofrece una nave de diez y ocho metros de ancho y noventa de largo con treinta de alto cortada en cuatro travesías. A la derecha é izquierda otras tantas capillas.

En el fondo, el coro levantado por ocho escalones y encerrado en el espacio ocupado por las dos sacristías. Todo alrededor por encima de los chapiteles hay una galería superior ó tribuna dando vuelta á la nave.

La longitud total del edificio es de noventa metros, la misma dimension en torre é iglesia que la de Santa Clotilde.

El cripto ó capilla subterránea, colocada debajo del coro, comunica con la nave, está cerrada con una verja y debe servir para los entierros y bautizos.

Ricamente adornada de mármoles, de columnas, de pilastras, de esculturas y de vidrieras de colores, la Trinidad será, seguramente, una de las iglesias, á la vez mas elegantes y cómodas de París.

Será una de las obras que se abrirán al público al mismo tiempo que la famosa Exposición pública, que va á hacer concurrir, en este verano, á casi toda la Europa á la capital del imperio francés.

F.

LA MARUXIÑA.

LEYENDA ORIGINAL

DE M. F. EL FLACO.

(Conclusion).

IV.

Pocos dias tardó en volver don Pablo, y así que llegó á Padron su primera visita fué á casa de la señora Vicenta.

—Veo, le dijo á la Maruxiña, que no solo has dicho verdad en todo lo que nos has contado, sino que estuviste muy moderada al explicarnos el carácter colérico y dominante de doña Saturnina.

Así me gusta; siempre que por necesidad hay que des-

enbrir las faltas del prójimo debe hacerse con moderación, procurando atenuarlas cuando no perjudiquen á tercero, que en este caso se debe decir la verdad sin quitar ni poner. Y volviendo á doña Saturnina, ¡qué groserías, qué modales, que palabrotas tan impropias de una señora! Renuncio á referir lo que he sufrido; Dios me lo tome en cuenta para desquite de mis culpas. He apurado todos los recursos que la religión y la educación enseñan, nada he podido conseguir; insulto sobre insulto, sarcasmo sobre sarcasmo: he tenido que terminar la entrevista por decoro, no á mí, sino al estado que represento. Su esposo, que creo sería uno que estaba allí, tan pronto como quería tomar parte en la conversacion, una mirada de su esposa le hacia enmudecer.

Quisiera recordar todos los incidentes de nuestra entrevista; pero mejor es dejarlo, porque al recordar lo que allí he sufrido se despierta el amor propio y esto no es conveniente. Por lo tanto no hay que apurarse; si tú quieres puedes estar aquí hasta que encontremos una casa de satisfaccion en que puedas colocarte.....

—Ya está encontrada, dijo la señora Vicenta interrumpiendo la conversacion.

—¿Y qué casa es? preguntó don Pablo.

—La mia; yo soy muy vieja, me hace falta una muchacha que me ayude, y si esta jóven quiere quedarse la trataré como á una hija; y si se porta bien, como lo espero, si se toma interés por mi casa y me cuida, no me olvidaré de ella en mi última voluntad. Con que, hija mia, tú verás si te conviene.

—No deseaba otra cosa, dijo la Maruxiña cogiendo las manos de la anciana y llenándolas de besos; el comportamiento que vd. ha tenido conmigo merece que yo me sacrifique por vd.; y en cuanto á intereses no los nombre vd. siquiera. Yo procuraré cumplir con mis obligaciones, haré todo lo posible por dar una prueba de lo agradecida que estoy al caritativo recibimiento que vd. me ha dispensado.

—Vamos á otra cosa, dijo don Pablo. Señora Vicenta, ¿cuánto debo á vd. por el gasto que ha hecho hasta hoy la Maruxiña?

—No hable vd. de eso, señor. Nada, absolutamente nada. Yo soy la que debo dar á vd. las gracias por haberse acordado de traer á mi casa una muchacha tan dócil y cariñosa.

—Ya ves, dijo don Pablo á la Maruxiña, ya ves como esta señora te recibe en su casa; ahora quedas en la obligacion de corresponder al beneficio que has recibido.

Ya ves como Dios no abandona á sus criaturas; hace pocos dias te encontrabas sola en medio de un camino sin tener donde recogerte; hoy tienes casa, alimento, cama y cuanto necesitas: esto se lo debes á Dios y á la bondad de esta señora. Te digo esto, porque mientras seas buena procuraremos hacerte todo el bien que podamos.

Atenta escuchó la Maruxiña los consejos de don Pablo, el cual no tuvo necesidad de retirar su proteccion, pues cada dia se mostraba mas amable y servicial con la señora Vicenta. Supo granjearse la confianza de tal modo, que la dejaba sola en el despacho. Ella corria con todo, llevaba la cuenta de lo que se compraba y vendia; en fin, una hija no podria ser mejor que era la Maruxiña para la señora Vicenta.

V.

Pocos meses despues la Maruxiña dió á luz un hermoso niño. Nada la faltó en todo el tiempo que duró su indisposicion.

Fueron padrinos del recién nacido un hermano de don Pablo y la señora Vicenta.

El niño fué criándose y aquella familia improvisada vivia tranquila y feliz.

VI.

Tres años habian pasado cuando una tarde, llegaron á la puerta de la tienda unos soldados, pidieron vino y se sentaron á la entrada de la habitacion. Allí tramaron una conversacion de esas tan comunes entre la tropa.

Venian bastantes quintos, y con ellos dos sargentos. Uno de ellos alegre y decidido empezó á animarlos diciéndoles:

—Vamos, muchachos, no hay que estar tristes, si habeis dejado las novias, teniendo buen estómago y siendo limpios llegareis á coroneles y quizás á generales, y vereis como las mejores mozas se mueren por vosotros, y eso que en cuanto veais las chicas de la Coruña no os acordareis mas de vuestras aldeanas.

—Sí, como que las chicas de la Coruña querrán á los quintos, dijo uno de ellos.

—Pues no los han de querer, replicó el sargento, si yo os contase lo que me pasó en el Ferrol.....

—¡Qué lo cuente! ¡Qué lo cuente! Dijeron los quintos á una voz.....

—Si pagais un jarro de lo caro, dijo el sargento, os refiero esa historia.

Tres ó cuatro quintos se precipitaron en la tienda, para sacar vino, con tal de que el sargento contase su aventura.

Sacaron el vino, remojaron la palabra, y el sargento cumpliendo lo prometido, empezó diciendo:

—Dos años hace que estuve yo en el Ferrol, y para distraerme y olvidar á las chicas que habia dejado en la Coruña, me dediqué á buscar una cosa conveniente, es decir, una mujer que me ayudara á vivir.

Una mañana volviendo del mercado, me di el quien vive á una jamona, que aun cuando ya iba siendo cecina, me llenó el ojo.

Era de esas que tienen el colmillo retorcido, mas alta que el tambor mayor de nuestro regimiento y con una cara de vinagre que parecia un hereje.

Me acerqué y empecé á desplegar guerrillas, pero nada, el enemigo sufria el fuego á quema ropa sin contestar; fui ganando terreno hasta que me largó una andanada de metralla. Otro se hubiera dado por vencido, abandonando el campo; pero yo soy valiente, me gustan los asaltos y por eso á la mañana siguiente volvi á la carga, estreché el cerco y á los pocos dias se rindió la plaza, pero con una sola condicion: que me habia de casar con ella; yo dije que sí y tomé posesion de la ciudad y de un buen botin que esta conquista me proporcionó.

Tuve maña para hacerla creer que la queria, y ni el coronel estaba mejor que yo. Llovian regalos sobre mí. ¡Qué de camisas, calzoncillos, pañuelos, cigarros, dinero, aquello era una mina! Es verdad que tenia la penitencia de llevarla á paseo, que era un gran sacrificio, pues toda la gente nos miraba, porque ya os digo que era horrible, parecia un hombre, ó mejor dicho, un salteador de caminos, y para que conozcais si digo verdad, os voy á contar el desenlace.

Pero no hay vino y tengo un picor en la garganta, que no me deja hablar.

Llenaron otra vez el jarro, bebieron, fumaron, y el sargento continuó su relacion de esta manera:

;

La cecina me habia tomado un cariño tan atroz, que no me dejaba ni á sol ni á sombra, sus ridiculos celos me iban cargando: apenas faltaba un dia se presentaba en el cuartel á preguntar por mí: y los compañeros me daban unas bromas de padre y muy señor mío.

El cabo primero de mi compañía, que era andalúz, mas alegre que unas castañuelas, bromista como él solo, tocador de guitarra, que no habia mas que pedir, traía revueltas á todas las muchachas del pueblo, me dijo un dia: «Sargento Miguel, ¿es posible que tenga vd. valor para ir á paseo con ese espantajo de mujer, que tiene por cara un castigo, mas vieja que la sarna y mas celosa que un portugués? Végase vd. conmigo y pasará un buen rato, verá vd. caras lo mesmito que rosas, allí va vd. á encontrar canela purificada, seguro estoy, que á las dos horas de palique, tiene usted una jaca que daría envidia á un sultan.

—Por ir no ha de quedar, le dije.

Con efecto, á las dos tocaron marcha de frente y nos dirigimos á la casa que habia dicho mi camarada.

¡Muchachos, allí era abrir ojos y mirar! Vaya unas mozas güenas y condescendientes; pasamos una tarde que ni en el paraíso. Allí se comió en grande, bebimos tanto, que nos pusimos amodorraos, bailábamos, cantábamos y hablabamos todos á un tiempo: aquello era un laberinto.

Cuando estábamos en lo mejor de la broma, me siento cogido por un brazo, y que me decian:

—¿Es así como se portan los caballeros? Salga vd. de aquí inmediatamente y venga vd. á acompañar á su futura esposa.

Decir esto, y oirse en la sala una carcajada universal todo fué uno; empezamos á mofarnos de ella de tal modo que la mujer, corrida y avergonzada salió de la habitacion como perro con cencerro, y nosotros seguimos celebrando la broma.

Yo creí que habian concluido mis relaciones con la cecina pero me engañé, pues á la mañana siguiente se plantó en la puerta del cuartel, me llamaron, y yo sin saber quien era salí. Apenas me vió cuando echó calle arriba, llegué á donde estaba y con mucha amabilidad me rogó que la acompañara por la última vez; me pareció mal negarla tan pequeño favor, cruzamos algunas calles, salimos al campo y en cuanto vió que estábamos solos me dijo: «Ayer vino á decirme ese cabo andalúz, que estaba vd. en compañía de aquellas mujerzuelas. Yo no quise creerlo, pero me acompañó hasta la puerta y vi por mis ojos, lo que nunca hubiera creído: vd. es un vil, que ha faltado á su palabra y para que no se ria vd. de mí, le voy á matar.»

Y sacando del pecho un puñal, sino doy un salto, me manda al otro barrio, se abalanzó á mí, pero yo tirando del abanico la di un poco de aire, la quité el puñal y me volví al cuartel.

A los pocos dias nos embarcamos para Santander y no he vuelto á saber mas de aquel demonio con forma de mujer, que si me desenido un poco me da pasaporte para el valle de la Josefa.

—¿Ha concluido vd. ya? Dijo un soldado viejo.

—Sí, ¿por qué? preguntó el sargento.

—Porque me parece que tenia mas sustancia el vino que vd. ha bebido que la bola que nos ha contado.

—¿Qué sabes tú majadero: saca la moraleja del asunto y verás si el contarle merece un jarro de vino.

—No le encuentro molleja, ni moraleja dijo el soldado.

—Pues te la voy á explicar. Primero enseña mi cuento que el soldado no debe ser escrupuloso, ni buscar jacas de

paseo, sino que le den aunque seán matusalenes y mas feas que el no tener; y segundo que el soldado no debe fiarse de los compañeros; pues por fiarme yo del cabo andalúz, perdí la cucaña que tenia: él me lo hizo tragar como un favor y despues me dijo que lo habia hecho por quitarme la cecina. Por lo tanto, mucho ojo, que la vida de soldado no es para tontos. A cazar muchachas y no malgastar la pólvora en salvas, que reniego del caballo que le ponen el pienso á la boca y no lo come.

—Y yo reniego, dijo el otro sargento, del hombre que hace las cosas por interés, yo jamás he querido tomar nada de las mujeres, primero porque si le dan á uno un cuarto, cuando se rompen las relaciones dicen que un duro.

Yo tuve en Santiago amores con una muchacha mas hermosa que el sol, me gasté bastantes cuartos en obsequiarla, y la tomé mucho cariño, tanto, que no pasa dia sin acordarme de la pobre Maruxiña, que habrá echado á Luis mas maldiciones, que pelos tengo.

—No te ha echado maldiciones, dijo don Pablo que estaba escuchando la conversacion de los sargentos. Esa pobre Maruxiña, que dejaste perdida, ha tenido que pedir limosna y hubiera muerto de hambre si una persona caritativa no la hubiera recogido y amparado. Ha sufrido mucho, pero no te ha echado maldiciones, porque tiene un hijo y las madres nunca maldicen al padre de sus hijos.

Grande fué la emocion que produjeron estas palabras.

Luis fué el primero que habló, preguntando en donde estaba la Maruxiña.

—Si es para turbar la paz y la tranquilidad que disfruta, dijo don Pablo, no sé de ella; si es para cumplir como hombre de bien, en ese caso sé de ella, y procuraré hacer lo que pueda.

Luis lleno de entusiasmo contestó:

—Sí, padre capellan, quiero cumplir como hombre de bien, que la Maruxiña todo lo merece.

—Pues bien, dijo don Pablo, aprovechando aquellos momentos; entra y la verás.

Todos se precipitaron en la tienda ansiosos de presenciar tan interesante escena.

Don Pablo, cogiendo á Luis de la mano, le presentó á la Maruxiña diciendo:

—Aqui tienes al hombre que te abandonó y viene.....

Nada mas pudo oirse.

La Maruxiña abrazó á Luis, despues desprendiéndose de sus brazos, corrió en busca de su hijo y presentándosele le dijo:

—Aqui tienes á tu hijo.

Los tres formaron un grupo y permanecieron abrazados largo rato. Las lágrimas corrieron en abundancia.

El primero que interrumpió aquel elocuente silencio, fué el sargento, compañero de Luis, que dirigiéndose á éste le dijo:

—Chico, el dia que te cases, yo seré el padrino.

—¡Bien! ¡bien! Dijeron todos.

—¿Por qué me abandonaste? Preguntó á Luis la Maruxiña.

—Porque los franceses quemaban nuestras aldeas y mataban á nuestros hermanos. La voz de la patria nos llamó y fuimos voluntarios á pelear por la independencia de nuestro país.

Conociendo que si te lo decia, estorbarias mi marcha, me fui sin despedirme de ti, pero en medio de las balas me acordaba de mi Maruxiña y deseaba abrazarla. Hoy se ha cumplido mi deseo.

Tan pronto como tome la licencia me tienes aquí para cumplir mi palabra, y en fianza te dejo este cinto lleno de oro, que he cogido á los franceses, en la toma del puente de San Payo.

—Eso no, dijo don Pablo, jamás consentiré que se dé mas valor al dinero, que á la palabra de un hombre. Si tú no quieres cumplir, ¿de qué nos serviría ese puñado de oro?

Mas de una hora siguieron todos entregados al regocijo.

La Maruxiña obsequió á los compañeros de Luis, no queriendo cobrar lo que habian hecho de gasto.

Luis con su hijo puesto sobre las rodillas, le llenaba de besos.

Don Pablo contento y satisfecho, gozaba en ver gozar.

La señora Vicenta lloraba de alegría.

Llegó la hora de marchar. Todos se abrazaron, aquello era una confusion, hasta que Luis haciendo un esfuerzo, dijo con tono marcial: Muchachos en marcha.

Entonces salieron y tomaron el camino de Santiago.

VII.

Cerca de dos meses habian pasado y todas las diligencias que hizo don Pablo fueron inútiles. Para que la Maruxiña pudiera contraer matrimonio, era necesario tener la fé de bautismo. ¿Y cómo, ni á quién se pedia ignorando los nombres de los que la habian dado el ser?

Aburrido y cansado estaba ya don Pablo, cuando una mañana recibió una carta del que habia sido amo de la Maruxiña, en la que le suplicaba tuviese la bondad de ir á verle, pues estaba gravemente enfermo y queria enterarle de un asunto importante.

Sin decirselo á la señora Vicenta ni á la Maruxiña emprendió don Pablo el camino de Santiago, fué á la catedral, que era siempre su primera visita, y despues pasó á la casa del enfermo.

Apenas le vió entrar don Homobono, que estaba postrado en cama, con voz desfallecida le suplicó que tomase asiento cerca de la cabecera, pues no podia esforzar la voz y tenia que molestarle bastante rato.

Así lo hizo don Pablo, y el enfermo le habló de la manera siguiente:

—Hace cerca de veintium años que vivia yo en la Coruña en compañía de mi esposa desempeñando el cargo de procurador, y en este tiempo llegó á dicha ciudad un matrimonio procedente de América. Llamábanse don Alfonso Figueroa y doña Isabel Andrade, venian á establecerse en la Coruña, y como yo era bastante conocido en el pais, don Alfonso se valió de mí para varios asuntos. Esto nos hizo tan amigos, que me consultó para que le dijera en qué podría emplear el dinero que traía. Yo le contesté que el negocio mas lucrativo seria comprar tierras y arrendarlas, seguro de que con las rentas que produjeran podría vivir muy desahogadamente.

Así lo hizo, compró muchas tierras y una casa, en la que pasaban la vida muy tranquilos.

A los pocos meses la señora dió á luz una hermosa niña, á la cual se le puso el nombre de María. Tenia ésta poco mas de un año cuando una noche rodearon la casa de don Alfonso, y á duras penas pudo escapar de las manos de unos cuantos ilusos que traian intencion de asesinarle, porque decian que era afrancesado. Fué tal el susto que recibió doña Isabel, que á los pocos dias falleció á consecuencia de un arrebato de sangre á la cabeza.

Yo traje la niña á mi casa y no sabia qué hacer, cuando recibí una carta de don Alfonso en la que me decia que se habia refugiado en Francia, y me suplicaba que me encargase de la administracion de sus bienes. Le contesté dándole la noticia de la muerte de su esposa, y prometiéndole que corresponderia dignamente á la confianza que me habia dispensado.

Seguimos escribiéndonos, cuando á los pocos meses recibí una carta de un compañero de don Alfonso, en la que me decia que éste, aburrido y desesperado por tan imprevisitas desgracias, se habia suicidado.

Con este motivo quedé por tutor y curador de los bienes de María, y una noche conversando con mi esposa sobre este acontecimiento, me dijo: «Homobono, sabes que podíamos ser ricos con poco trabajo; esa niña no tiene parientes y sus bienes podian ser nuestros.»

Al principio me estremeció la proposicion, pero despues no me pareció tan mala, y dije á mi esposa:

—En lo que me propones hay un inconveniente, y es que aquí viven algunos conocidos de don Alfonso, estos saben que tenia bienes, y al ver nuestra improvisada fortuna sospecharán.

—Eso se remedia muy fácilmente, dijo mi esposa, marchándonos lejos de aquí, supongamos á Santiago.

—Así lo hicimos, y desde entonces los bienes de María han sido nuestros. Mi esposa se dedicó á prestamista, y en unos cuantos años nos enriquecimos.

Mi esposa para ocultar mejor que María era la dueña de todo y alejar sospechas, la trataba como á una criada y, nunca la llamábamos mas que Maruxiña.

Cuando fué mayoreita nos preguntaba por sus padres y siempre la decíamos que ignorábamos si los tenia, que nosotros la habíamos encontrado una tarde perdida en el campo de Santa Susana y que por caridad la habíamos recogido y criado.

Llegó María á ser mocita y ya sabrá vd. lo que ocurrió, mi esposa la echó de casa contra toda mi voluntad, todo cuanto hice fué inútil, no pude conseguir que la recibiera; vd. recordará tambien la entrevista que tuvo vd. con ella.

—No, dijo don Pablo, de nada me acuerdo, tengo esa felicidad que olvido pronto las injurias; lo que sí extraño mucho es que estando vd. en este estado no se halle aquí su señora esposa.

—Está en el mundo de la verdad, dijo el enfermo dejando caer la cabeza sobre la almohada, y despues de un rato prosiguió diciendo:

—Una noche le dió á mi esposa un accidente tan fuerte que se revolcaba en la cama, se daba puñetazos y echaba espumarajos por la boca. Yo no puedo explicar lo que pasó en aquella terrible noche.

Estaba solo, no pude sujetarla, cayó al suelo, y dándose un terrible golpe en la cabeza, empezó á brotar sangre de la herida con tanta fuerza, que todo asustado sin saber lo que me pasaba, abrí maquinalmente el balcon y empecé á gritar: ¡Socorro! ¡Socorro!

A los pocos momentos mi casa estaba llena de jente, pero todo en vano.

¡Cuánto perdí aquella noche! ¡Cuántas cosas eché de menos! Fueron mas los que subieron por robar, que por favorecerme. ¡Nosotros que no queriamos tener criada porque no sisase!

Cuando vi la repentina muerte de mi esposa, tuve intencion de llamar á vd. para devolver á María todos sus bienes, pero poco á poco se fué borrando la impresion que me hizo

la muerte de mi esposa. me fui acostumbrando de tal modo, que á los pocos meses ya no me acordaba de María y mucho menos de la difunta.

Hoy me encuentro en una cama, un golpe de tos puede quitarme la vida y he querido llamar á vd. para descargar mi conciencia y morir tranquilo, pero ha de ser á condición de que María me perdone.

—¿Vive?

—Sí, señor.

—Es que si hubiese muerto, entonces....

—Vamos, vamos, dijo don Pablo, no hay que acordarse de la tierra. Estos momentos hay que aprovecharlos para ganar el cielo, ya que Dios le concede á vd. tiempo para arrepentirse.

Esta no es ocasión de hacerle á vd. reconvenciones por la conducta tan criminal que han tenido vds. con la inocente María.

La muerte de su esposa, fué un aviso que el cielo le mandó á vd., para que escarmentando se arrepintiera, no desoiga vd. ese aviso; María le perdona á vd., yo en su nombre le perdono.

—No, no, dijo el enfermo, eso no basta, yo quiero verla, quiero oír el perdón de sus labios, y entonces diré á vd. lo que tiene que hacer para que María recobre todos sus bienes.

—Es decir que vd. no restituye por arrepentimiento, sino por obtener el perdón. Pues bien, María perdonará á usted sin interés. Hoy escribiré y mañana estará aquí.

Se despidió don Pablo del enfermo y con un propio, mandó llamar á María, ésta llegó al día siguiente y acompañada de don Pablo, se presentó en casa del enfermo. Apenas la vió éste exclamó: ¡Perdóname! ¡Perdóname! María, yo he sido tu verdugo, hoy para morir tranquilo necesito tu perdón.

—Sí, sí, dijo María, yo le perdono á vd. y á la señora, don Pablo me ha enseñado á no guardar rencor y el perdonar es muy dulce.

—Así, me gusta, dijo don Pablo y ahora que ya le has perdonado, te voy á dar una noticia que te habia ocultado para que tu perdón fuera voluntario y no le empañase la mas leve sombra de interés. Has de saber que este señor ha conocido á tus padres, que á su muerte le nombraron administrador de todos tus bienes, hoy te los devuelve, no le guardes rencor por los malos ratos que te ha dado, que esos sufrimientos te han valido mucho.

Para estimar el bien, es preciso conocer el mal.

—Es verdad, dijo María besando las manos de don Pablo, yo bendigo la hora en que empecé á padecer, porque mis trabajos me han proporcionado conocer á vd. y á la señora Vicenta....

—Bien, bien, interrumpió don Pablo, siempre tan agradecida. Dios te protegerá, porque el que no agradece el bien, no tiene buen corazón.

Y volviéndose hácia el enfermo le dijo:

—Ya tiene vd. el perdón que tanto deseaba.

—Dios se lo pague á vds., é incorporándose lo mejor que pudo, señaló hácia los pies de la cama y dijo:

—Ahí encontrará vd. una caja, en ella están las escrituras de las tierras que pertenecen á María, puede vd. tomarlas y sacando las partidas de difuntos de los padres y la fé de bautismo de María, que fué bautizada en la parroquia de San Nicolás en la Coruña, presentando esos documentos á un escribano, pondrá las escrituras á nombre de María.

De lo que las haciendas han producido hasta hoy, puede

cobrar algo recogiendo cuanto hay en mi casa, pues todo le pertenece.

—Todo cuanto hay en la casa es de vd., dijo María, y si se pone vd. bueno, en Padron tiene vd. una casa en la que podrá vd. restablecerse, porque le cuidaría yo á vd. como á mi verdadero padre.

—¡Calla por Dios, hija mía! dijo el enfermo, no me martirices, tus nobles y generosos sentimientos, hacen resaltar mas el inicuo comportamiento que hemos tenido contigo.... ¡Dios mío! ¡Dios mío! Perdóname, ella tan buena y yo tan perverso. Y cubriéndose el rostro con las manos, sollozaba y las lágrimas se desprendieron de sus ojos.

Don Pablo procuró tranquilizarle, le rogó que tuviera confianza en Dios y se ofreció á estar á la cabecera de la cama, hasta el último momento.

De ningún modo quiso admitir el enfermo los ofrecimientos de don Pablo, fundándose en que no queria privar á los pobres de Padron de tan bondadoso y caritativo padre, prometió que le avisaria tan pronto como estuviera de peligro, pero que si llegaba la muerte sin darle tiempo para llamarle, le suplicaba que le encomendase á Dios en sus oraciones.

Así lo prometió don Pablo, se despidieron y tomaron el camino de Padron.

Puede el lector figurarse la alegría que recibiría la señora Vicenta al saber que María era rica; esta quiso escribir á Luis participándole tan agradable noticia, pero don Pablo se opuso, porque deseaba que todas las acciones fuesen consecuencia precisa de la voluntad y no del interés.

VIII.

Llegó por fin el tiempo tan deseado, y Luis se presentó en Padron, acompañado de su camarada que venia á ser padrino de boda.

María estaba loca de alegría al ver cumplidos sus deseos.

Grande fué la sorpresa de Luis al saber que su esposa era rica.

Practicadas las diligencias necesarias, don Pablo tuvo la satisfacción de unir para siempre á Luis y María, que llenos de gozo, decían que toda su felicidad se la debían al bondadoso y caritativo don Pablo.

ESPOSICION UNIVERSAL DE PARIS.

En el campo de Marte, contrastando de una manera elocuente con tal nombre, se ha levantado, no una pirámide que sirva de trofeo á una sangrienta conquista, ni un arco de triunfo que recuerde los miles de cadáveres tendidos en un campo de batalla, sino un templo á los productos de la paz, á lo que necesita de ella para vivir y florecer, un palacio para albergar en su recinto y en sus inmediaciones todos los productos de la inteligencia humana, todos los veneros de riqueza que guarda la tierra en sus entrañas, todo lo que constituye la gloria artística de todos los pueblos.

En ese palacio ó templo, cuya vista presentamos á nuestros lectores, se va á estudiar la humanidad casi desde su origen, porque se van á presentar las mas curiosas antigüe-

dades, con cuya presentacion competiremos dignamente, porque ya hemos enviado uno de los monetarios mas notables que se espondrán por el mérito y originalidad de algunas monedas, de las cuales no existen otros ejemplares que los que posee nuestra Biblioteca Nacional y son los remitidos.

Así el hombre estudioso, y aun el que no lo sea y sin otro estímulo que el de la mera curiosidad, podrá seguir paso á paso la historia de la humanidad y la de todas las artes y las ciencias, la marcha progresiva de todos los adelantos, la vida toda de la civilización del mundo, ¡y esto sin leer ni un libro!

Y será notable sin duda ver en el sitio destinado á la patria de los Faraones, como al lado de esfinges egipcias y de figuras simbólicas, personificación de su remota historia, colocan el modelo del canal del Istmo de Suez, esa gran maravilla del siglo que deja muy atrás á las Pirámides, que solo recuerdan la sublime locura de un tirano, y la sangre y tesoros que costó lo que únicamente sirve para ser contemplado.

La China, olvidando su aisladora muralla, se asocia al concierto europeo, y la que ha sido cuna de tantas artes viene á exhibirlas y á que veamos lo que ha adelantado ó retrocedido. Y no solo envia los productos de su suelo y de su industria, sino que nos va á presentar sus usos y costumbres, sus trajes; nos va á dar té en sus fondas y á dar de comer nidos de golondrinas, y hasta á enseñarnos sus *figaros*, que ciertamente no parecen menos notables que el retratado gráficamente por nuestro inmortal Rossini en *El Barbero de Sevilla*, pues si éste iba siempre con su guitarra, aquellos llevan áuestas toda la tienda como nuestros raparbarbas ambulantes, pero con mas instrumentos los chinos. Nos presentará una torre de porcelana, sus elefantes, islas flotantes llenas de flores, una casa con materiales traídos del país, con sus indispensables muebles, y veremos tambien el bambú recto, que crece 7 centímetros cada veinte y cuatro horas, y cuanto allí sea comun y aun raro, que aquí, si no lo es todo para nosotros, no lo conocemos en toda su verdad.

El Japon, la India, la Persia, la Rusia, la Turquía, aun los mas lejanos países, parecen estar en competencia por presentarse tal como son, como si se tratara de un certámen en el que cada uno procura demostrar su superioridad. Y certámen es, en el que si no habrá una superioridad absoluta, la habrá relativa.

Grande es el asombro que causa á todo el que visita en Inglaterra el Palacio de Cristal, al ver reproducido en él cuanto de notable hay en el mundo, y al visitarle el humilde autor de estas líneas creyó no poder ver ya cosa mas colosal y maravillosa; pero al leer lo que de la próxima esposicion universal se escribe, escederá en mucho á aquella maravilla, con la ventaja de que los pueblos todos, la sociedad humana reportará incalculables ventajas, si aprovecha, como nos inclinamos á creer, la enseñanza que produzca ese concurso de todas las inteligencias, ese certámen de todas las industrias y artes, esa manifestación de la naturaleza en sus múltiples y variadas formas.

Se espondrán, es cierto, los adelantos que se han hecho en los medios de destrucción, desde el cañon rayado hasta el fusil Chasselot; pero al lado de ellos estará el irresistible blindaje de los buques, y sobre todo el cable trasatlántico, ese hilo de hierro que ha unido á ambos mundos poniéndolos en inmediata y constante comunicacion, suprimiendo la distancia y el tiempo. Ya no bastaba procurar la union de

los pueblos y de las naciones, y se unen los mundos. Así la inteligencia, apoderándose de la materia bruta, la emplea para conseguir la fraternidad universal; que siempre con humildes medios se consiguen grandes fines, y Dios se ha valido de los mas humildes y pobres para sus maravillosos intentos.

Pudieron mirarse estas esposiciones en un principio como objeto de curiosidad; pero hoy erraria lastimosamente el que así las considerase, porque le tienen mas elevado y digno. Si en otros tiempos llamaba la atencion un autómatas, hoy la llama más una máquina que señala un gran adelanto en la industria y en las artes, ó un descubrimiento científico que dispense un gran beneficio á la humanidad; aquella multiplicando el tiempo y la fuerza, y el segundo remediando males y desgracias y haciendo más grata la existencia, son en verdad sucesos ó inventos más dignos y útiles, como lo han sido las locomotoras y el telégrafo, que suprimen las distancias, y la vacuna, que hizo de una epidemia asoladora un mal comun.

Comparando las primeras materias de todas partes y los productos de todos los pueblos, estudiando las aplicaciones y las necesidades locales, se ensanchará el círculo de las relaciones mercantiles, llegará á haber un sitio que será el bazar del mundo, y allí afluirán todos y ganarán todos, porque cuanto mas grande y general sea el movimiento del comercio, mayor será la ganancia de la industria y de las artes.

En un concurso en el que todos pueden hacer el mismo estudio, no hay temor de que unos se aprovechen de la industria de los otros, porque siempre estará la ventaja del que posea mas fácilmente las primeras materias: lo demás lo hace la inteligencia y el buen gobierno, que rompiendo trabas y haciendo caminos facilita las transacciones. Afortunadamente no carece nuestra patria de abundantes minas de todos los metales, de ricas y variadas maderas, de inagotables criaderos de carbon de piedra, de cuanto pueda necesitarse, y no es torpe en España la inteligencia.

Pero no podemos estendernos á demostrar la grande utilidad que podemos sacar de la próxima esposicion, y bástenos llamar la atencion de todos para que la sigan, aun cuando solo sea en los periódicos, para avivar y estimular su inteligencia, que los frutos serán óptimos.

Tampoco podemos ni aun dar una remota idea de lo que se reunirá, no ya en el palacio sino en los parques que le rodean, donde se hallará cuanto pertenece á la tierra y al agua, cuanto puede ser objeto de estudio para la piscicultura y la floricultura.

Nada faltará allí seguramente, y previsior el gobierno establece un servicio de correos con carteros que hablen diferentes idiomas, para mejor servir al público, y para que nada pueda éste desear, habrá tambien otro servicio médico ambulante de treinta y ocho facultativos.

Por este bosquejo se puede comprender, ó tener al menos una idea, de lo que será la esposicion de París, esa verdadera maravilla, que hará época, y quizá estimule á la Inglaterra, la constante rival de la Francia, á reunir otro concurso aun más gigantesco si cabe, á pesar de que Londres no es punto tan céntrico como París, cercano á todas partes, y que para ir á él ni aun hacer intencion se necesita.

Cuando todos temen desastres, cuando la última guerra de Alemania parece el preludio de otras, es consolador apartar la atencion de las desgracias que llevan consigo para fijarla en los beneficios que reporta la paz. ¡Plegue al cielo que, mas que de tregua, sirva la esposicion para decidir á

todos en contra de la guerra, y considerar la tranquilidad de los pueblos como el único medio de conquistar poderío, de ejercer esa superioridad á que todos aspiran, y de que las naciones sean fuertes, ricas y venturosas!

Una pena tenemos en medio de la satisfacción que nos causa la Exposición Universal de París, y es, que el local asignado á España, poco mayor que el de naciones infinitamente mas pequeñas, es insuficiente para exhibir nuestros productos. No culpamos á nadie, pero ha debido remediarse, ha debido preverse que España debía, aun cuando solo fuera en materias científicas, industriales y artísticas, adelantarse á demostrar que no ocupa en ese terreno el lugar que en otros la asignen con mas ó menos justicia. Una nación de 16.000.000 de habitantes, herederos

tamente mas pequeñas, es insuficiente para exhibir nuestros productos. No culpamos á nadie, pero ha debido remediarse, ha debido preverse que España debía, aun cuando solo fuera en materias científicas, industriales y artísticas, adelantarse á demostrar que no ocupa en ese terreno el lugar que en otros la asignen con mas ó menos justicia. Una nación de 16.000.000 de habitantes, herederos



Palacio de la Exposición.

de los que llamaron la atención del mundo por su ingenio industrial y artístico, de los que atraían á sus famosos mercados de Medina del Campo á extranjeros de remotos países, un país donde se hacían el acueducto de Segovia y el puente de Alcántara, la Alhambra de Granada y el Alcázar de Sevilla, las catedrales de Leon, Búrgos y Toledo, el monasterio del Escorial, donde se fabricaban tapices como los que conserva nuestro real alcázar que compiten con los mejores de los Gobelins, porcelana como la de Sevres, espadas tododanas y paños de vicuña, merecía mayor sitio; ahora se ve que lo merece, porque tiene industria que, aunque naciente, progresa, tiene artes, tiene agricultura y

ocupará andando el tiempo el lugar que le corresponde en el concurso civilizador de los pueblos.

P.

BOSQUEJO HISTORICO

SOBRE LAS PENAS Y LOS CASTIGOS.

«Si alguno osára escribir un libro, dice Collin de Plancy, sobre los suplicios empleados por las generaciones pasa-